

# INTRODUCCIÓN

Desde hace decenios se viene hablando sobre las graves consecuencias que la crisis ecológica plantea a la humanidad. Sin embargo, la conciencia —el conocimiento y la aceptación— de que el cambio global se ha instalado en nuestras vidas es algo que ahora, a duras penas, está empezando a abrirse camino. El cambio es consustancial a la historia humana y a la evolución del sistema Tierra, pero el impacto que nuestra actividad ocasiona sobre los ecosistemas introduce en el momento presente un elemento de radical novedad: una única especie, el *Homo sapiens*, está alterando en un corto período de tiempo las condiciones sobre las que se desenvuelve la vida de todas las especies del planeta.

El cambio actual se caracteriza por el alcance global de las consecuencias de la conducta humana sobre los procesos que determinan el funcionamiento de la biosfera, y surge asociado a la irreversibilidad de los efectos que se originan sobre muchos de ellos. El cambio climático es, tal vez, la manifestación más clara de que la superación de algunos umbrales críticos relativos a las capacidades de asimilación de los sistemas naturales alterará significativamente las condiciones de vida —sociales y ambientales— de la humanidad. Pero esto es sólo una expresión en la atmósfera de lo que acaece en la faz de la Tierra; no es en primera instancia el problema, es más bien la revelación de un problema que no es ecológico, sino social.

Las raíces de las dificultades con las que nos enfrentamos radican en la forma de organizarnos social y económicamente. O dicho con otras palabras: en el metabolismo de la sociedad industrial y en la lógica que lo promueve se hallan las claves principales de lo que acontece.

Vivimos en un mundo con un espacio ambiental saturado porque hemos crecido demasiado siguiendo únicamente la lógica del beneficio privado. Esta circunstancia exige repensar la actividad humana y las reglas de juego económicas más básicas e implica, igualmente, reinventar la convivencia y el sentido de lo colectivo. El crecimiento perpetuo en un mundo finito es un imposible. Pero, además de ser a largo plazo una ilusión, no ha sido tampoco hasta el presente una solución para encarar universalmente el bienestar humano y las profundas desigualdades sociales. Por tanto, no nos debería aterrar cuestionar la mitología del crecimiento. Sin embargo, ante la perspectiva de su final también los de abajo suelen palparse las ropas. Es comprensible que así sea dada las pautas distributivas del capitalismo y las inequidades en el reparto de los costes sociales y ambientales.

Y es que, en efecto, el final del crecimiento puede adoptar muchas formas, que van desde el colapso (un deterioro del bienestar humano y de la cohesión social, con la consecuencia de un declive incontrolado de la población mundial a través de hambrunas, epidemias y todo tipo de violencias y conflictos armados) a una paulatina adaptación a las capacidades naturales que aún nos ofrece la Tierra a través de un intenso proceso de innovación social (traducido en cambios culturales, políticos, económicos, institucionales y tecnológicos). Que se transite por una u otra vía muestra bien a las claras que, si los problemas hunden sus raíces en la forma de organización socioeconómica, las respuestas se encuentran también en ese mismo ámbito.

El análisis de las tendencias en curso no sólo es la mejor forma de comprender las causas de los males sociales, sino también el camino más seguro para impedir su persistencia y empezar a construir algo nuevo. Con este propósito, el artículo de Ángel Martínez González-Tablas aborda cómo determinadas fuerzas afectan de forma profunda y duradera a los componentes y relaciones que determinan el comportamiento a largo plazo de la economía mundial de nuestro tiempo. Podemos ver en esto un planteamiento –de inspiración claramente marxiana– que, preocupado por señalar aspectos fundamentales, se resiste a aceptar que una crítica de la sociedad existente, por oportuna y certera que sea, es suficiente para fundamentar una propuesta. Es así que, sólo tras el análisis de cómo se comporta el capitalismo actual, en el artículo se indague acerca de las condiciones necesarias para la emergencia de un desarrollo alternativo y se señale una estrategia para abrirle espacio.

Una prueba de que la búsqueda de alternativas se va abriendo espacio es la controversia ético-política acerca del decrecimiento. Aunque en algunas ocasiones se ha podido ver en el decrecimiento una mera inversión de un esquema dominante que se mantiene en lo sustancial inalterado (lo que antes crecía, tiene ahora que decrecer), la idea se expresa en la mayoría de sus defensores más cualificados como un cuestionamiento radical del modelo económico. En este sentido, no sirve sólo para encarar sin ambages la cuestión ambien-

tal, sino también para abordar la manera de restaurar un mínimo de justicia social. Por ahí enlaza Francisco Fernández Buey la controversia del decrecimiento con el tema de las utopías sociales. El decrecimiento aparece desde esta perspectiva como un horizonte interpretativo que ayuda a poner los acentos a la hora de elaborar una política económico-ecológica alternativa.

José Manuel Naredo, por su parte, argumenta sobre la función mixtificadora y laudatoria del pensamiento económico dominante. La disciplina económica estándar ha construido un discurso y un modo de razonar que, al no someter a revisión las nociones sobre las que se basa, representa un bastión ideológico revestido de ciencia que no preserva más que el *status quo*. Y aunque el avance de la conciencia ecologista parecía apuntar hacia una reconciliación entre economía y ecología, lo anterior ha provocado que dicha reconciliación únicamente se haya materializado en un plano virtual, precipitando un nuevo desarrollismo, esta vez adjetivado de ecológico, que no tiene más pretensión que la de incidir sobre los resultados pero sin modificar las causas primarias que los originan. Encontramos aquí alguna de las claves fundamentales para entender por qué, a pesar de que el tema ambiental está cada vez más presente, el deterioro ecológico y social se acentúa sin parar.

De ahí que se necesite un enfoque transdisciplinar que, superando los sesgos ideológicos y los reduccionismos analíticos del paradigma económico convencional, facilite la conexión de las cuestiones económicas (y no sólo las monetarias, sino también las referidas a las nociones de desarrollo, bienestar, cooperación, etc.) con las dimensiones biofísicas y territoriales en las que se desenvuelve la existencia humana. El artículo elaborado por el equipo que encabeza Carlos Montes –donde se reúnen ecólogos y expertos en desarrollo y cooperación– representa un buen ejemplo de búsqueda de un nuevo paradigma para comprender la verdadera dimensión de los problemas socio-ecológicos que subyacen en las relaciones Norte-Sur.

Carlos Taibo señala, a su vez, la urgencia de un nuevo pacifismo para el contexto presente. Las circunstancias que estamos viviendo parecen indicar que se está acabando el tiempo de los poderes blandos y que acecha, como la peor de las salidas posibles, una especie de darwinismo social encaminado a reservar lo que se manifiesta escaso a los que disfrutaban ya de unas formas de vida exclusivas. Por ello, el movimiento pacifista, sin desatender muchos de los elementos tradicionales de su discurso, debe prestar atención a las discusiones críticas relativas al crecimiento, al consumo y a las necesidades para ser capaz de emplazar en un primer plano la justicia y la igualdad.

En otras secciones de la revista presentamos diversas colaboraciones que desgran problemáticas relacionadas con el contenido del Especial. En el Periscopio, nos hacemos eco de un manifiesto a favor de una transición global que permita la reconci-

liación real entre economía y ecología. La única opción realista de que disponemos consiste en rebajar los caudales materiales y energéticos que sostienen las actividades humanas a niveles sostenibles mediante una decisión consciente. Ahora bien, el hecho de que tengamos que ajustar la escala de la economía, no debe arrojar al abandono la consideración de las enormes diferencias existentes entre los seres humanos: millones de personas necesitan desesperadamente más alimentos, cobijo y bienes materiales. Otras, sumidas en insatisfacciones diferentes, tratan de realizar necesidades que son igual de reales pero inmateriales: reconocimiento, autoestima, pertenencia o identidad. Las primeras requieren, ineludiblemente, crecimiento material, pero existen umbrales por encima de los cuales su satisfacción deja de ser óptima (por ejemplo, la malnutrición por sobrealimentación afecta de manera negativa a la salud). Las segundas, permiten barajar otras alternativas para su satisfacción dejando una menor huella sobre la naturaleza. No se trata de negar su satisfacción, sino de elegir el satisfactor idóneo para permitir la propia satisfacción sin perjuicio de las ajenas y de la sostenibilidad global. Este es el reto, que implica, para empezar, confrontarnos con nuestras propias preferencias. El artículo de Ian Gough aborda este debate a partir de la comparación de su propuesta de necesidades con el enfoque de las capacidades humanas elaborado por Martha Nussbaum.

Otros artículos se centran en aspectos no menos relevantes. Victoria Reyes-García señala, a través de investigaciones etnoecológicas, que el conocimiento local tradicional de grupos indígenas y comunidades que viven en zonas rurales ha permitido secularmente compatibilizar formas de desarrollo socioeconómico con un uso sostenible de los recursos naturales. Esas mismas investigaciones han detallado cómo distintas sociedades han sido capaces de adaptarse a situaciones de cambio. Constituyen experiencias de las que es posible extraer importantes enseñanzas para el contexto actual de cambio global.

Manuel Saravia y Pablo Gigosos, por su parte, proponen una sugerente reflexión en torno al espacio público urbano. Sobre el mismo se ciernen preocupantes amenazas por la proliferación de tendencias tales como las *gated communities*, la implosión de nuevos escenarios de consumo (centros comerciales, parques temáticos, musealización de las ciudades, etc.) o la extensión del modelo urbano de ciudad reptante y dispersa (*urban sprawl*). Por otro lado, la urbanización acelerada y caótica es un fenómeno global que ha convertido de golpe a la población mundial en mayoritariamente urbana pero con unos derechos ciudadanos francamente menoscabados. Con todo, la contemplación del espacio público adolece de una visión idealizada del ágora heredada de la ilustración y este prejuicio oculta otros entornos físicos, sobre los que casi nadie habla, que a menudo representan más certeramente el espacio democrático. Reconocerlos supone una apuesta por el urbanismo de la gente.

Siguiendo el hilo de la actualidad, presentamos una contribución de Vivien A. Schmidt referida al debate sobre la democracia en la Unión Europea y un diálogo acerca de la revivida cuestión nuclear. Las reseñas de libros cierran el sumario de este número de la revista con el que pretendemos transmitir la idea de que cada vez son menores las dudas a pesar de que parezca que toca, en estos tiempos postmodernos de incertidumbre y complejidad, dudar de todo: estamos inmersos en un “cambio global”, en medio de una realidad que nos plantea un desafío que no tiene precedentes y que no podemos dejar de afrontar. Las causas de los problemas fundamentales con los que se encuentra la humanidad en este principio de siglo anidan en las relaciones sociales y en la forma de relacionarnos con la naturaleza. Ahora vuelva a la portada de la revista y comprobará que su nuevo nombre no responde a un reclamo rimbombante con el que tratamos de captar su atención.

Santiago Álvarez Cantalapiedra  
Director

#### **Fe de erratas**

En el gráfico 1 de la página 151 del nº 99 de *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* los textos correctos de los colores de la derecha son: el azul es “Hace más de un año” y el blanco “Nunca lo haría (con %)”. En el mismo gráfico, el porcentaje de Firmar cartas de protesta es de 19,0% y el de Boicotear productos de 32,1%.